

# CUARENTÓN

El contraste con la calle me resultaba agradable. Salir del portal y comprobar que fuera del edificio el aire se movía, provocando una breve sensación de frescor, reavivaba un poco mis sentidos. Encendí el último pitillo y me encaminé hacia algún bar donde poder comprar otro paquete.

La ciudad tenía su propia vida, indiferente a los individuos que la habitaban. Coches y motos por las carreteras, tiendas, pequeños grupos de personas que conspiraban sobre el vestido que llevarían para su próxima boda. Era el mismo mundo donde había nacido exactamente cuarenta años atrás. Los mismos ruidos y las mismas miradas curiosas que se cruzaban en el devenir de mis paseos.

¿Como había llegado a estar tan solo? Ni siquiera podía recordarlo, no había sido siempre así.

No puedo olvidar cumpleaños en los que la gente se amontonaba para ver mi alegre rostro al recibir el regalo, gente de todas partes que confiaba en mí para la organización de eventos, fiestas, acampadas... Personas que se habían complicado la vida por mí, incluso me habían amado con pasión. Tenía amigos, o colegas, tal vez simples conocidos. Yo era uno más, recibía sus llamadas cuando se organizaba algo y no era extraño que se me pidiera consejo o simplemente una cerveza de hombro en el que llorar. Recibí agradecimientos de amigos y amigas. Palabras alentadoras. ¡JA! Una vez hubo alguien que me pidió ser el padrino del primero de sus hijos.



Ni siquiera se si llegó a tenerlo.

Mujeres las hubo, vaya que si. Amé y fui amado con pasión. Traté de respetar y no engañé con crueldad. Fui sincero ante todas las cosas y amante sin pudores.

Mi causa quizá no fuera la mas cierta, pero sin duda era tan cierta como las demás. Creía en valores como la ilusión y la verdad. Y con mayor o menos agrado la intenté propagar.

Sin más, tan solo era uno más.

Quizá, no lo negaré, me excedí en sinceridad. Mis palabras solían arrastrar un murmullo de rencor. Un pasado demasiado cruel para haber acompañado a Alicia a través de su maravilloso país. Parte de demencia también hubo sin duda, cuando llevas seis cuchillos en la espalda y otros tantos en las de los demás la inquietud es lo normal. Pero

jamás y bajo ningún concepto deseé mal a nadie que con creces no me lo hubiera pedido. Y aun siendo así, casi nunca lo hice pagar.

Por ello ¿Como había llegado a estar tan solo? Si sólo era uno más. Deseé ser justo hasta el final, con esa clase de justicia que nadie te puede negar. No mentí y a nadie negué mi palabra mas allá de lo cordial. Pero un día, el teléfono dejó de sonar. No así de repente, sino con crueldad, desgarrando cada amigo, separando la verdad. Engañando a los creídos, haciendo creer falsa verdad. ¿Quien? Nadie: Yo mismo. Sin duda yo me metí donde estoy. Solo y triste en este paseo de cuarentón que me encaminé a un simple bar.

Habitúan los jóvenes, los más mayores tendrán 24, tal vez 25. La música era moderna, pero de verdad. Un rock sucio con mucha fuerza que hablaba de cosas ciertas. Era temprano y aún quedaban un par de banquetas junto a la barra, me senté en una y con educación le pedí al dueño que me sirviera una gran jarra de cerveza y que me encendiera la máquina de tabaco. Allí me miran con pudor, al principio pensaban que era de la policía secreta, incluso uno de ellos borracho me lo preguntó. Pero con el tiempo se han acostumbrado a este viejo sauce que les acompaña. Me respetan, son educados y alguna vez el mas envalentonado por el alcohol me habla de fútbol, de como están las cosas en la política y de lo ladrones que son los bancos. Yo prefiero escuchar. Mi experiencia me dice que hablando a nadie vas a gustar. Si callas y asientes, si das la razón y algún argumento que fortalezca sus ideas, entonces te admiran y dicen “mola hablar con ese tío”. Pero jamás trates de dar una opinión distinta o de hablar de ti. Entonces dejas de existir.



A menudo pienso que me quedé enganchado en su edad, los acordes de la música, la ilusión por la fiesta y por el mañana. La creencia de que el futuro llegaría lleno de esperanza. Cada día era distinto, las mujeres, los amigos, la familia, todo parecía tener un mundo de cosas por ser descubiertas, secretos que besar, manos que estrechar e historias a escuchar. Sin embargo... que cruel se muestra la verdad. Que implacable el tiempo y la soledad. Sin nada que salvar.

La ilusión. Esa fue la clave de mi derrota. Sin perder la ingenuidad abrí los ojos. Vi a la gente engañarse, atacarse, despreciarse. Los intereses de unos a costa de aplastar a los otros, la avaricia y la necesidad impuesta a la nobleza y a la palabra. Nadie recuerda el pasado, los abrazos y las promesas, los besos y las palmadas. No fui capaz, no me adapté.

Hay quien dice que el ser humano mas fuerte es aquel que mejor se adapta. Bien, yo fui el mas débil de todos. No me adapté a la vida tal y como debía ser a partir de cierto punto.

Llevo al menos tres enormes jarras de cerveza y mi vista comienza a percibir las cosas más nubladas. El humo inunda el lugar, el rock no cesa en su sonar. Los chicos y las chicas se mezclan en conversaciones, escucho a mi lado a dos de ellos hablando de cine, uno de ellos defiende el cine español, el otro lo pone en duda. No hay mala fe y mañana volverán a llamarse.

En un lado dos chicas se lanzan miradas, juegan con el misterio que las embarga, quizá todos saben que sus deseos no son los mas comunes, pero nadie va a cuestionarlas. Si la noche trae algo de verdad su piel acabará sudada entre las pelusas de un viejo sofá. El camarero lanza señales a alguien a quien no veo. Sus gestos implican que se acerque, que guarda algo para él, seguramente fumarán un porro en la recamara contando batallitas y firmando eterna amistad.

De pronto, entre las caladas y la niebla tan típica en los bares nocturnos mi mirada se cruza con la de alguien. Es de los mayores, tendrá unos 25. Está rodeado de gente, amigos y amigas que charlan animosamente sobre algo, se señalan y sonríen. Sin embargo está solo. Me observa fijamente, tanto que me duele. Tan joven y tan triste. ¿Me esta leyendo la mente? Aparece media sonrisa en sus labios, puro sarcasmo. Levanta su copa y brinda de lejos conmigo. Le respondo y entiendo que aun puedo hacer algo.

Me imagino a mi quince años antes, sentado en un sitio similar, abandonando la esperanza. Si hubiera venido alguien a decirme que no tirase la toalla quizá ella no me

habría dejado. Quizá ellos me hubieran vuelto a llamar. Quizá hubiera vivido intensamente las últimas sonrisas de mis padres. Quizá podría estar ahora con todos ellos, cenando chuletas a unos tres kilómetros de aquí celebrando mi cumpleaños. Mi vida se acabó, pero a suya aun tiene sentido.

Me arriesgo a ser tratado como un loco, pero es poco precio para tan digna gesta. Me acerco, algo perjudicado por la cerveza, y me hago un hueco entre su gente, qué me observa estupefacta. Consigo brindar con directamente él.

-¿Que hago?- Me pregunta sin dudarlo.

-No te rindas nunca.- Digo tal alto y tan claro como jamás he hablado.

Fuera la noche se despeja, algunas nubes se mueven dejando paso a la luna, que asoma dando magia a la ciudad. Las calles se vuelven menos peligrosas por unos segundos y en un rincón alguien levanta un teléfono para felicitar a un viejo amigo: "Quizá aún no sea demasiado tarde para retomar la relación", piensa. Aun para unos cuarentones como nosotros.

